

---

## Tridente inolvidable o de lo que se puede aprender de los niños

J. Moisés Aguayo Álvarez

Doctor en Educación. Supervisor de Educación Primaria.  
[moyagualv@hotmail.com](mailto:moyagualv@hotmail.com)

*Han sido tantos ya, y todavía son tan pocos.  
A muchos los recuerdo y los guardo  
pero no me alcanzan estas líneas.*

Ante el desafío planteado por la convocatoria para este libro, desfilan por mi mente tantos nombres; en su singularidad, se vuelcan los recuerdos y los tiempos. A primera vista la nostalgia imprime en amarillo las imágenes, empero, al rebuscar en ellas, se colorean, se hacen vívidas. Buen pretexto para repasar el trayecto, los encuentros y su impronta insospechada en el camino subsecuente, en cómo se asume la tarea de educar educándose.

En otras entregas he dedicado ya los textos a algunos de mis exalumnos, rememorando alguna anécdota, alguna historia. En este caso abriré un tridente, con tres vidas que atestiguo aún —a la distancia y a intermitencias— floreciendo y, aunque fue breve el tiempo en que en pude asomarme un poco a sus formas de aprender, descubrir e interpretar el mundo, considero como notable la fertilidad de las cosas acerca de las que me hicieron reflexionar y sentir.

Para respetar el génesis de mi estructura narrativa, discurriré desde la cronología. Acompáñame, lector:

### *Lourdes. Nobleza*

Lourdes es una niña que descubre las cosas casi como si ya las conociera. Aunque su vocecita es dulce y aguda, hay autoridad en sus puntos de vista. Hay valores en su discurso y hay empatía. Es una niña que cumple con todas sus tareas, que se emociona cuando se le propone un desafío que rete a su intelecto o a su capacidad analí-

---

tica. Lo mismo escribe que dibuja. Habla con todos, alienta a todos, aconseja a todos.

Al grupo de Lourdes lo atendí durante dos ciclos escolares, mientras cursaban quinto y sexto grados. Recuerdo que reverberaba en el ambiente educativo, el murmullo de las pruebas estandarizadas, las métricas internacionales “¿Qué será de nuestra gran nación si los niños no saben inglés ni computación como unos imaginarios niños europeos que son de un imaginario primer mundo?”

El riesgo —parecía inminente— era que si no nos comparaban con otros sistemas educativos, no habría aquellas grandes donaciones internacionales que subsidiaban quién sabe cuánta cosa. Además, si no se medía con pruebas estandarizadas, nuestra niñez no llegaría nunca a ser la generación de empresarios exitosos que colonizaban algún país paupérrimo, o los próximos magnates que se hinchaban de millones... Para las almas más necesitadas, la idea que deseaba implantarse era que, midiéndonos, “conociendo” lo que saben los niños, podíamos ayudarlos a integrarse al privilegio de ser la mano de obra más competitiva y calificada del [“tercer”] mundo: hay que medir a los aprendizajes, a los maestros, a los niños, no sea que no podamos ofrecer a nuestros benevolentes inversores que hacen girar al mundo de la economía y por extensión nuestra felicidad. Eso parecía...

Una mañana nos dieron la noticia de que se aplicaría una prueba estandarizada más. Ya se había aplicado PISA, pero venía el examen para el examen (¡huy!), una evaluación a la que llamaron EXCALE. Con un considerable despliegue mediático nos hicieron saber que habría reconocimiento monetario a los maestros de grupos con buenas calificaciones. Que se inauguraba una política de calidad educativa. En la que se aplicaba esa óptica Western de recompensar por atrapar al bandido de la ignorancia curricular. No es posible que un niño de cuarto no se sepa la tabla del dos o cuántos planetas hay en el sistema solar.

A Lourdes le expliqué de que trataba, porque me encontré leyendo una revista<sup>1</sup>. Me preguntó qué pasaría si nadie de su salón estudiaba para el examen. Recuerdo haberle respondido algo como “qué interesante sería... Si a ninguno lo ponemos a estudiar, sabríamos

---

<sup>1</sup> Creo que era Educar, la que coordinaba nuestro editor anfitrión.

---

cómo nos fue con lo que hemos aprendido en estos dos últimos cursos”. Sin esperanza de aparecer en el *Club VIP* de los “reconocidos”, pero si confiado en que esos niños sí que buscaban aprender, cruzamos por la prueba. Eventualmente alguno de los niños preguntaba por los resultados, fijé la fecha tentativa al lado del pizarrón, Lourdes me preguntaba cuánto faltaba para saber “cuánto sacaron”.

En cuestión de meses llegaron los anhelados resultados. El informe de mi grupo estaba en el promedio, pero nos habían anulado siete resultados excelentes porque el algoritmo determinaba que no había confiabilidad o algo así. Sospecho que en el cruce de variables, los meros matemáticos, los meros científicos de esa época de expertos en eficiencias e infalibilidades, habían decidido que era imposible que siete niños de un grupo de Coyula, en Tonalá, pudieran sacar la máxima puntuación. Los siete la obtuvieron, Lourdes entre ellos, estoy seguro.

Cuando le comenté esto a la niña, no se infartó, ni le dio un ataque de ansiedad. Con una espontaneidad característica, sólo se encogió de hombros y me dijo “Uch, pues qué malos”, y salió del salón a jugar en el patio.

Con esa simple expresión, Lourdes me puso a pensar seriamente qué es entonces lo importante en el hecho educativo, en la intervención con las siguientes generaciones; si no es el resultado numérico, o el elogio por una bancarización exitosa, como evidentemente no lo es ¿entonces qué lo es? Al niño no le interesa el número que no dice nada; le interesa sólo en el caso de que alguien de su entera confianza (su padre, su maestro...) le haya inculcado ponderar los resultados contantes y sonantes, si lo ha cooptado para sentirse siempre en competencia con los otros y de paso, heredarle algunos mitos como: si repruebas no sirves, si sacas seis estás en el hoyo, si sacas diez la vida es rosa, o en última instancia, si se le ha persuadido de que si sale mal calificado ya lo verá.

Este 2024 pude saludar a Lourdes algunas veces. Es una médica muy profesional que atendió a mis hijos en más de alguna ocasión. En nuestra última conversación me compartió que estaba por integrarse a estudiar una especialidad. Eso me dio mucho gusto. No sé hasta qué punto esa casualidad no lo fue tanto, quizás sólo me tocaba

---

enterarme de este nuevo desafío que asume con una gran actitud una profesional ejemplar.

### *Berenice. Espontaneidad*

Si alguna vez se ha visto como chapotea la llovizna sobre el agua, se tendrá una noción de lo que la presencia de Berenice representaba en su grupo de quinto grado. Gran sentido del humor. Leal con sus compañeros. Cáustica si se lo proponía, pero con un brillo inteligente y arrojado se desplazaba de un lugar a otro, hablando aquí, riendo allá, amenizando con un candor particular, las tardes de escuela.

Tratándose de una niña con gran fuerza vital, por supuesto que quedarán en el tintero múltiples anécdotas escolares, empero, me detendré en una en particular, de donde procede una reflexión y un valor más prístino, más aprehensible: para este ejemplo casi parabólico propongo al lector atender en su imaginación:

[Se está abordando en la clase, el tema de las actividades económicas primarias, secundarias y terciarias] La charla brota más o menos en los siguientes términos:

El maestro: Si pudiéramos clasificar las actividades económicas de nuestras familias, ¿cómo quedarían?...

Berenice: Mi papá trabaja en una gasolinera. Le ayuda al dueño. Entonces es una actividad secundaria porque él no hace la gasolina.

El maestro: No la cultiva, ni la extrae, ni la fabrica...

Berenice: ¿Y los maestros si trabajan? ¿Por qué les pagan?

Alguna voz en el grupo respondió como si fuera muy obvio: “para que aprendas”.

Me hizo preguntarme cosas como: ¿Será por asistir? ¿Por enseñar? ¿Por cuidar? ¿Por instruir? Y así... Por promover que el otro aprenda, pero esto no se ciñe a lo estrictamente curricular. Quizás los niños que pasan por un aula aprenden muchas cosas de sus maestros, cosas que no pasan por el tamiz de los programas oficiales, ni de sus enfoques o contenidos. Mediar en conflictos, contar una historia, compartir experiencias, plantear retos, decidir en equipo... quizás más allá de las disciplinas, la metadisciplina es pensar y explicarse en conjunto, con y ante los otros.

---

Entonces, en la docencia cultivamos, metafórica y fisiológicamente: metafóricamente cuando hacemos “germinar” una idea, algún proyecto, pero fisiológicamente, cuando accedemos a provocar rutas sinápticas peculiares, que ayudan al otro a interpretar el mundo y a explicarse con y ante el mundo. Cuando esto ocurre, contribuimos a complejizar lo que hay en el mundo, partiendo de nuestra propia concepción del mundo.

Extraemos, porque el cuestionamiento es más un llamamiento al otro para que ejerza su criterio, a forjarlo desde adentro. En ese sentido, extraemos significados del otro.

Y fabricamos, en un sentido más próximo a lo artesanal: diseñar una intervención pedagógica de peso y con incidencia patente en los procesos intelectivos, comunicativos o actitudinales de los niños, es en realidad más un oficio artesanal que fordista; esto es, en las aulas no producimos conciencias alienadas en serie como suponen algunos tecnócratas; la mayoría de las veces atendemos con la claridad de un oficio que se trata de darse en lo que sabes, en lo que conoces, en lo que piensas y en lo que anhelas.

Berenice ni siquiera ha de guardar recuerdo de este evento, pero a mí me hizo pensar y buscar definiciones para mi autoconcepto docente.

Berenice hoy es una enfermera con un gran espíritu de servicio. Es una mujer capacitada, disciplinada y con una conciencia de emancipación. Logrará lo que se proponga, y eso, de verdad me solaza.

### *J. Autenticidad*

Quienes hemos laborado en cercanía con comunidades precarizadas en sus condiciones de vida, sabemos del peso que tienen los estamentos sociales y las estructuraciones: una familia a la que le es difícil sobrellevar el día a día; el núcleo al que todos los integrantes deberían sumarse para sobrevivir se ve vulnerado por situaciones de salud, inseguridad, violencia o pobreza; y en las tempestades, a veces toca a los niños alternar el timón desde muy temprana edad.

J. era un niño de siete años, de segundo grado. Un niño con una notable destreza física, afable con los otros, justiciero y solidario.

---

También era más rudo de lo común en los niños de su edad. Franco y auténtico. En casa de J. no siempre había alimento, ni cobijo, ni condiciones propicias de salubridad, ni tranquilidad. A J., algunos niños no lo aceptaban porque eventualmente les escamoteaba alguna golosina, un bolillo o un juguete.

En cierta ocasión, en conjunto con mi directora a cargo, se tomó la decisión de cambiarlo de turno, del matutino al vespertino, para dejar descansar a su hermana dos años mayor, que debía atenderlo en alimentación y apoyo para actividades escolares, pues su madre debía laborar en alguna empresa de la periferia. Por algunas semanas, colectamos algunos insumos con maestros y con los propios compañeros del nuevo grupo de J. Fueron pocas ocasiones, es verdad, pero intuyo que esas pocas ocasiones provocaron algo especial, o tuvieron lugar en algún trance especialmente difícil. Esto lo digo porque una tarde, algunas semanas después de las colectas, mientras yo, de cuclillas presenciaba un interesante duelo de canicas, se aproxima J. diciendo: Maestro: ¿me disparas un vaso de fruta con limón y sal?

Asentí y le “presté” una moneda. A los pocos segundos volvió con su fruta en la mano. Yo permanecía acucillado, llegó J. me besó ligeramente en la mejilla y salió corriendo. Ignoro si algún otro niño alcanzó a ver la escena, pero yo me quedé congelado, sin saber cómo reaccionar. No recuerdo ni vagamente las reflexiones que eso detonó en el inter del receso a la salida, lo que si recuerdo es la sensación de haber hecho algo de buena fe y sentir un agradecimiento bastante energético y genuino. No encuentro otras forma de describirlo. NO es algo que aprendí como tal, no es algo que reflexioné y esclarecí para mí, es algo que sentí y que sé que me marcó como docente y me hizo sentir feliz.

De J. no he sabido desde que pasó a cuarto grado. Quizás por eso lo evoco. Para encontrarlo por casualidad y preguntarle ¿cómo te ha ido?